

Las violetas: poesías

Dolores Cabrera y Heredia (1828-1899)

Consejos a...
El hastío
Las violetas
Dichosa tu!
El toque de oración
La infancia y la juventud
La predicción de un ángel
Una lágrima
A mi amigo
Mi única esperanza
Las cartas de mi padre
Recuerdos de la infancia
A una bella
Ausencia
Las golondrinas
A la aurora
A la primavera
A las heroicas víctimas del dos de mayo
A una estrella
A una mariposa
A una violeta
Al no me olvides
Amor
Celos
Deseo
El desaliento
La constancia de un hombre
La soledad
Madrid y Aragón
Meditación
Recuerdo de amor
Sueños de amor
Un suspiro en una flor

Obra completa:

Cabrera y Heredia, D. [Dolores]. (1850). *Las violetas: poesías*. (Madrid : Imp. de la Reforma). <http://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000244868>

Consejos a...

¡Desgraciada la mujer,
dotada de un alma ardiente,
que a este mundo, solamente
ha venido a padecer!

¡Infeliz, la que delira
por ilusorios amores,
fugaces como las flores,
como los sueños, mentira!

¡Infeliz con más razón,
la que ha llegado a encontrar
un amor, que ha de abrasar
más tarde su corazón!

Que el hombre entusiasta, ciego,
idolatra a una mujer,
y si le llega a querer,
se cansa, y la deja luego.

Y con tranquilo egoísmo
dice: "Pues esa me amó,
en el mundo bailaré yo
otras que me amen lo mismo."

Hermosa, y de encantos llena,
muere, porque la olvidé;
pero ¿qué me importa?... ¡qué!
¡Si eso no vale la pena!

Y aunque la dijera yo
mil veces que la quería,
¿es acaso culpa mía,
si la necia me creyó?

Otras mujeres más bellas
ocuparán su lugar,
que me lleguen a adorar,
y luego... ¡Me burlo de ellas!

Entregar mi corazón
no lo conceptúo justo,

de ningún modo, que el gusto
consiste en la variación...

Mas no quiero repetir
esas palabras impías,
porque hartos todos los días
también las tendrás que oír.

Pero ya que vas a entrar
en una edad de placer,
quiero hacerte comprender
los riesgos que has de evitar.

Pura y hermosa has nacido,
y en un mundo material,
eres un ser ideal,
que del cielo ha descendido.

Son tus ojos seductores,
y tu graciosa sonrisa,
tan pura, como la brisa
que susurra entre las flores.

Mas tú no sabes mentir,
como en el mundo se miente,
y tienes un alma ardiente,
que es incapaz de fingir.

Y si un pequeño pesar
llega a turbar tu sosiego,
en tus ojos se ve luego
una lágrima brillar.

¡Cuánto tendrás que sufrir
en la amable sociedad,
si tu sensibilidad
no procuras extinguir!

¡Cuánto habrás de padecer,
y en tus más hermosos años,
cuán terribles desengaños
tienes, ¡ay!, que conocer!

Muchos hombres hallarás,
que te pidan con ardor

una palabra de amor;
mas no los creas jamás.

Llevados por la ambición
de la gloria o del poder,
si adoran a una mujer,
es solo especulación.

Y si no es el interés
el que sus acciones guía,
te engañarán, vida mía,
para dejarte después.

Para decir que han logrado
tu corazón dominar,
y que han sabido alcanzar
lo que habían deseado.

O para decir también
que tu cariño obtuvieron,
y que ellos correspondieron
con el más frío desdén.

Perdona si te ofendieron
mis amargas expresiones,
que tal vez tus ilusiones
para siempre destruyeron.

Conozco que te hace daño
escuchar mi narración;
pero una amarga lección
vale más que un desengaño.

Tú agradecerla sabrás;
pues verás, aunque hoy te asombre,
que el amor es para el hombre
como un juego, nada más.

Y que tú no debes darlo
a ninguno, vida mía,
que son los hombres del día,
incapaces de apreciarlo.

Diciembre de 1848.

El hastío

—Cuando tus labios murmuran
ante el ara solitaria
tu fervorosa plegaria,
¿Qué le pides al Señor?
No será que te haga hermosa,
porque en el mundo eres bella,
como en el cielo es la estrella,
como en el campo la flor.

—¿Y quién funda su esperanza
en la fugaz hermosura,
que como las flores dura,
y que vemos disipar,
como esas blancas estrellas
que adornan la noche umbría,
cuando los rayos del día
comienzan a despuntar?

—¿Quizá creas que en la gloria
está el placer verdadero,
y la anheles...?—No la quiero,
porque es un funesto don;
y las que ciñen sus frentes
con sus coronas divinas
tienen de duras espinas
cercado su corazón.

Las mujeres las detestan
en el fondo de su alma,
envidiándoles la palma
que ellas nunca han de obtener;
y el hombre que hoy las adula
mañana las abandona,
porque el hombre no perdona
el talento de la mujer.

La mayor parte nos miran
como a seres inferiores;
para ellos son las mejores
las que pueden dominar,
y creen que las que tienen
talento y un alma ardiente
no se dejan fácilmente,
cual las otras, engañar.

—Pero, dime, ¿no te halagan
la nobleza de tu cuna
y los bienes de fortuna,
la belleza y el amor?

—¡El amor...! niebla ligera
que el céfiro desvanece,
relámpago que aparece
y da más luz que calor.

¡El amor! Dulce veneno
que en nuestro ser se derrama,
que nuestras venas inflama,
que hace estallar nuestra sien;
que se ofrece a nuestros ojos
bajo formas seductoras,
y oculta espinas traidoras
que hieren, y no se ven.

Comprendo que las riquezas
deslumbren a otras mujeres,
porque ellas dan los placeres
que me canso de gozar;
mas sé que entre los que me aman
con tan ciega idolatría,
si las perdiese, no habría
quien me quisiese adorar.

—¡Muy tristes son tus ideas!
—Es que el tedio me devora.
—¿Y en qué confías ahora?
—¡Ay! ni yo misma lo sé.
Todo me es indiferente,
y lo miro con hastío;
por eso el morir ansío,
porque así descansaré.

¡Morir y dejarlo todo
en esa edad deliciosa,
que vemos pura y hermosa
rápidamente pasar!
—¡Morir tú! cuando pudieras,
siendo tan bella y querida,
hacer dichosa la vida,
y sus goces disfrutar.

—¡Ay! es que yo ya no gozo
en lo que llaman placeres,
entre efímeras mujeres,

entre hombres sin corazón;
harto tiempo lo he buscado
sin haberlo conseguido,
y lo que es ahora, ¡he perdido
para siempre esa ilusión!

Hallé a mi mal un consuelo
en la hermosa poesía,
mas si me halagaba un día,
ahora me cansa también.
—Y de todos los placeres,
¿ninguno agradarte alcanza?...
Pues no pierdas la esperanza,
que aún te queda el de hacer bien.

Tienes razón, en el mundo
todo nos cansa o perece;
mañana desaparece
lo que ayer nos fascinó.
El tiempo lleva en sus alas
la dicha, el amor, la gloria;
mas nos queda en la memoria
el bien que nuestra alma obró.

Hay seres infortunados
que en la desgracia nacieron,
que en la indigencia vivieron,
que ignorados morirán;
que, cual tú, no han conocido
las caricias maternas,
que sufren penas reales,
y horas de angustia y de afán.

Y madres desventuradas
que ven morir a sus hijos
entre dolores prolijos,
sin poderlos socorrer;
y al compararte con ellos,
pues naciste en la opulencia,
sé desde hoy su providencia,
que en eso hallarás placer.

Nunca serás más dichosa,
ni gozará tu alma tanto,
como al enjugar el llanto
que miraste derramar.
Yo que tan bien te conozco,
por este medio confío,

que en adelante el hastío
no te llegue a devorar.

18 de junio de 1849.

Las violetas

Cuando, niña, recorría
los campos donde jugaba,
lindas violetas cogía,
y en mis trenzas las prendía,
y en mi seno las guardaba.

Y quizá algo caprichosa
a la perfumada rosa,
con su brillante color,
hallaba menos hermosa
que aquella tímida flor.

Cuando de noche ponía
sus ramos bajo mi almohada
y dulces sueños tenía,
juzgaba que los debía
a su esencia delicada.

Y por eso entre las flores
siempre iba esa flor buscando,
sus leves hojas besando,
sus perfumes aspirando
y admirando sus colores.

Y como siempre las vi
entre la hierba del suelo
su frente ocultar, creí
que algún ángel desde el cielo
las sembraba para mí.

O pensaba si serían
almas que el cielo dejaban
y a nuestro mundo volvían,
para ver si aún las querían,
¡o, ingratos, las olvidaban!

Y que enviaban su olor
entre la hierba mullida,
como un recuerdo de amor
y una memoria querida,
desde otro mundo mejor.

Y si los seres que amaban
y que buscando venían
su memoria desdeñaban,

del mundo se desprendían
y a los cielos se elevaban.

Y yo adoraba a esas flores,
porque en esa edad dichosa
ponemos nuestros amores,
ya en el matiz de una rosa,
ya de un astro en los fulgores.

Edad en que no hay pesar!
en que es un sueño el vivir,
en que nunca puede odiar
el corazón, sino amar!
y los labios, bendecir!

Hoy... contemplo conmovida
esa flor que tanto amé:
ella es la imagen querida
de esa época de mi vida
que tan deliciosa fue.

Y su nombre quise dar
a estos cantos que inspiraron
la amargura y el pesar;
que en mi mente se abrigaron,
que mi llanto hizo brotar.

Que en la edad de los amores
mis primeros cantos son,
humildes como esas flores
que derraman sus olores
en la primera estación.

Y son las que yo quería,
las que de niña besaba,
las que a todas prefería,
las que en mis trenzas prendía,
las que en mi seno guardaba.

Octubre de 1849

Dichosa tu!

Hermana! cuánto más, que no mi suerte,
Hoy la tuya es feliz!
Tu puedes de mi madre idolatrada
Los besos recibir;

Apoyar en su frente pensativa
Tus labios de carmín,
Y estrecharla en tus brazos cariñosos
Con delirio infantil:

Para ella de las flores más fragantes
Despojar tu jardín,
Y a sus pies impregnadas de rocío
Sonriendo esparcir.

Y si la ves que distraída escucha
Tus preguntas sin fin,
Porque entonces recuerda dulcemente
A tu hermano y a mí.

Puedes con tus caricias y tus besos
Su pesar destruir,
Hablándole de los que se hallan tristes...
Porque ella no está aquí!!

Marzo de 1850.

El toque de oración

Ruega a Dios,
Hermana mía;
Que el día
Va a concluir,
Y del címbalo
El sonido
Nuestro oído
Llega a herir.

Como el jay!
Que el moribundo
Da a este mundo
Al espirar,
O el adios
De un ser querido
Que ha partido
A su pesar.

Hacia ocaso
Su rubia frente
Lentamente
Oculta el sol,
Y las nubes
De amaranto,
Tiñe en tanto
De arrebol.

Gime el ave
En son doliente,
Si está ausente
De su amor,
Y la brisa
Murmurando,
Y agitando
La alba flor.

De perfumes
Por do quiera,
Su carrera
Impregnará;
Y ecos dulces
De armonía,
Ante el día
Llevará.

En el éter
Esa estrella
Que tan bella
Ves lucir,
De la noche
Es precursora
Que ya ahora
Va a venir.

Astros mil
Del firmamento
Con su aliento,
Hará brillar,
Y sus húmedos
Cabellos
Va con ellos
A esmaltar.

Ya el gemir
De la paloma
Y el aroma
De la flor,
Como un himno
El viento eleva,
Y lo lleva
Ante el Señor.

Y cuanto hay
Sobre la tierra;
Cuanto encierra
El ancho mar,
Se alzan hora
El poderío
Del Dios mío
A publicar.

También tu
De la campana
Oye, hermana,
El lento son.
La voz es
Que desde el cielo
Pide al suelo
Una oración.

18 de junio de 1849.

La infancia y la juventud

No anheles conocer, hermana mía,
Nuestra edad de esperanzas y dolores,
En que hay más ilusiones que alegrías,
Y más abrojos que aromosas flores.

En que con ansia loca y delirante
Las distracciones y el placer buscamos,
Sin poderlo encontrar ni un solo instante
Por más que con ardor lo persigamos.

En que padece el corazón ardiente
Y sus sollozos con afán sofoca,
Porque ha de llevar alta la frente
La sonrisa en la rosada boca.

En que es fuerza que el llanto se reprima
Y los pesares nuestro labio calle,
Aunque la duda nuestro seno oprima,
Y bajo el peso del dolor estalle.

En que adornamos con fragantes rosas
Los cabellos y las sienes nacaradas,
Para ahuyentar ideas dolorosas
Que en el fondo del alma están grabadas.

En que es preciso que la mano enlace
La que alguna rival pérvida tiende,
Y sufrir que nos bese y nos abrace,
Aunque sepamos que detrás nos vende!

En que parece la existencia amarga
Al lado de la infancia encantadora,
Y tememos que acaso sea larga
Porque a veces el tedio nos devora...

Mas tú puedes gozar, hermana mía,
Alzar la frente al azulado cielo,
Que es bella para ti la luz del día,
Al disipar la oscuridad del suelo.

Tú puedes recorrer los verdes prados
Ligera, cual la blanca mariposa,
Y cortar los botones sonrosados
De la flor purpurina y olorosa.

Y el placer indecible que disfrutas
Saltando a orillas del undoso río,

O cogiendo en los árboles las frutas
Empapadas en gotas de rocío.

Viendo como la abeja zumba y gira
En torno de la rosa y la azucena,
Y cargada de aromas se retira
A fabricar la miel en su colmena.

O acariciando con tu linda mano
Las plumas de la cándida paloma,
Y ahuyentando de allí al feroz milano
Si ves que sobre el nido se desploma.

Acaso, no lo encuentres en los días
De nuestra edad de goces y dolores,
En que hay más ilusiones que alegrías
Y más espinas que fragantes flores!!

La predicción de un ángel

Tuve, hermana, siendo niña,
La visión encantadora
En que estoy pensando ahora,
Y te la voy a contar:
Yacía yo sosegada,
Adormecida en mi cuna,
Cuando un rayo de la luna
Vino a hacerme despertar.

Y vi un ángel, que sus alas
Sobre mi frente extendía,
Cuyo labio sonreía
Con celestial expresión.
Y recuerdo que me dijo
Con voz dulce y armoniosa:
¿Quieres niña candorosa
Abandonar tu mansión?

Y lanzándote en los aires,
Atravesar las esferas,
Y dominar las lumbreras
Que te ofuscan con su luz,
Y morar entre los ángeles,
Y ver la Virgen María,
Y al buen Redentor, que un día
Murió por ti en una cruz?

¡Oh!—exclamé:—Llévame al pento,
Tendiéndole entrambas manos,
Y mi madre y mis hermanos
Vengan conmigo también;
Y dime si en las moradas
Que me pintas tan hermosas,
Tendremos jazmines y rosas
Para coronar mi sien.

Si hay un cielo tan radiante
Como mi cielo sereno,
Y un vergel de frutas lleno,
Y un río murmurador,
Y mariposas, y fuentes,
Y un jardín con muchas flores,
Y nidos de ruiseñores,
Y un brillante surtidor.

Si es la luz del sol tan clara,
Y son las noches tan bellas,
Y la luna y las estrellas
Resplandecen como aquí;
Si oís del trueno el bramido,
Y los silbidos del viento,
O es dulce como tu acento,
Que hace un instante sentí.

Si hay inmensas galerías,
Muchos salones dorados,
Y largos y verdes prados
En donde pueda correr;
Y si tendré, sobre todo,
Quien me acaricie y me quiera,
Porque, ángel, de otra manera
No puedo dichosa ser.

—Pobre niña! tú no sabes
Comprender lo que es el cielo,
Que comparas con el suelo
En tu ignorancia infantil;
Para ti, la dicha existe
En el monte, en las praderas,
En tus lindas compañeras,
En tu florido pensil.

En el río cristalino,
En los cantos de las aves,
Que con sus voces suaves
Bendicen al Criador:
En el murmullo del aura,
En las bellísimas flores,
En sus fugaces colores,
En su aromático olor.

E ignoras que esos objetos
Que cautivan tu cariño,
Son como el sueño de un niño
En el seno maternal;

Y que todo lo que causa
Tu contento y tu alegría,
A lo más durará un día,
Porque aquí todo es mortal.

¡Oh! ven, ven a nuestro mundo,
Donde el placer nos halaga,
Donde la alegría vaga

Con su soplo encantador;
Donde nunca las tinieblas
Llegan a herir nuestros ojos,
Donde no hay pesar, ni enojos,
Ni amargura, ni dolor.

Donde podrás, invisible,
Atravesar el espacio,
Ya en las nubes de topacio
Que a tus plantas estarán;
Ya sostenida en tus alas,
Como los aves, del viento;
Y al hollar tú el firmamento,
Las estrellas brillarán.

Allí te amarán los ángeles
Con un afecto profundo,
Y si quieres, a este mundo
Podrás descender también;
Y ver a tu madre amada,
Y besar su seno ardiente,
Y presentar a su mente
Las delicias del Edén.

Y cuando se halle dormida...
¿Qué dices, ángel, dejarla!!
Si tengo que abandonarla,
Yo no te puedo seguir;
Porque mañana en mi cuna
Llorándome buscaría,
Y mi ausencia sentiría...
¡Y no he de hacerla sufrir!

Tú no habrás tenido madre,
O no quieres a la tuya!!
Por eso me dices que huya...
¡Tengo lástima de ti!!
Mira... déjame en la tierra,
Mientras la mía la habite,
Cuando no me necesite,
Ven al momento por mí;

Que tal vez llegará un tiempo
En que ya no me ame tanto,
En que no derrame llanto,
Aunque me vea marchar.
—Entonces mi pobre hermana
Quédate, mi adiós recibe:

Una madre, mientras vive,
No puede a un hijo olvidar.

Pasará tu edad dichosa
De los juegos y alegrías,
Y vendrán tétricos días
En tu horizonte a lucir,
Y se aumentarán mil veces
Tu pena y tu sentimiento,
Al ver que mi ofrecimiento
No quisiste admitir.

Y de amistades falaces,
De fermentidos amores,
De celos abrasadores,
El tormento sentirás.
Y buscarás, siempre en vano,
Un amor correspondido...
La indiferencia, el olvido,
¡Eso es lo que encontrarás!

Pero que nunca abatida,
Te abandone la esperanza;
Pon en Dios tu confianza,
Que a tu lado velaré.
Y las lágrimas ardientes
Por tu corazón vertidas,
Y tus plegarias sentidas,
A sus plantas llevaré.

E inclinando su cabeza
Sobre mi cuna inocente,
Se sonrió tristemente,
Y mis párpados besó:
Adiós. dijo, hermana mía,
Y remontando su vuelo,
Pronto, como un blanco velo,
Una nube le cubrió.

Octubre de 1849

Una lágrima

—¿No me dirás con qué objeto
Entre tus manos, Cristina,
A esa pobre golondrina
Oprimes sin compasión?

—Hermana mía, hace poco
Que en el jardín la he cogido:
En vez de su blando nido
La pondré en mi corazón.

Y si allí no está contenta,
En una jaula dorada,
Con hierba y musgo adornada
Que de un árbol colgaré;

Y margaritas del campo,
Y arena blanca y luciente,
Y agua pura de la fuente,
Yo misma a buscarla iré;

Así podré ver el cielo,
Oír a las otras aves,
Y vivir entre los suaves
Perfumes, de mi jardín.

Y agradecida al cuidado
De mi mano cariñosa,
Aunque no libre, dichosa
Llegará a creerse al fin.

—Oh déjala, hermana mía,
Que cruce la azul esfera,
Que allá a lo lejos la espera
El nido donde es feliz;

No quieras atormentarla
Cuando ningún mal te ha hecho:
Ningún ser tiene derecho
Para hacer a otro infeliz.

¿Qué le importan tus cuidados
En esa prisión florida?
¿De qué le sirve la vida
Si no tiene a quién amar?

¿Para qué ha de ver las aves,
El cielo claro y sereno,

Si en ese pensil ameno
No puede libre volar?

Ay, cuando impulsado el hombre
Por una osadía loca,
Con su impura mano toca
Las obras del Creador:

La alba mariposa pierde
De sus alas los colores,
Pierden su aroma las flores,
Pierden las aves su amor!!

—¡Oh! Mira ya, hermana mía,
A mi linda prisionera,
Cómo atraviesa la esfera,
Cómo se aleja de aquí;

Yo la contemplo elevarse,
Siguen mis ojos su vuelo,
Y ni aun me queda el consuelo
De que se acuerde de mí.

Y en la mejilla rosada
De la niña candorosa,
Una lágrima ardorosa,
Como una perla brilló.

Y cuando vio para siempre
Su golondrina apartarse,
Vino a mi seno a arrojarse
Y en sus brazos me estrechó.

—Ay, cuántas veces—le dije—
En el curso de tu vida,
Como hoy, hermana querida,
Tu llanto derramarás!

Siempre en cambio del cariño
Ingratitud encontramos;
Y por los seres que amamos
Es por quien lloramos más!

—Y si todos me olvidasen
Acaso me moriría...
¡Oh! Lo que es desde este día,
En nada pondré mi amor.

—¿Y cómo sin él veríamos
Dichosa nuestra existencia?
Vivir en la indiferencia
Fuera mil veces peor.

Es preciso que a quien sufre
Con nuestro amor consolemos,
Es preciso que aliviemos
Los infortunios también;

Y aunque gratitud no se halle,
Hay sobrada recompensa,
En esa alegría inmensa
Que resulta de obrar bien.

A mi amigo

El apasionado y distinguido poeta,

Gregorio Romero Larrañaga

Haz resonar las cuerdas de tu lira,
Produciendo armonías delicadas,
Como el trino del ave que suspira,
Escondida en las frescas enramadas;
Como el lamento que el dolor inspira,
Como el mágico acento de las hadas;
Y entona tus canciones, buen Romero,
Como español, poeta y caballero.

Celebra las hazañas de Pelayo,
Y los recuerdos de la patria mía,
Y el túmulo inmortal del dos de mayo,
Do el ángel de los libres sonreía.

Y al rey, cuya piedad fue como el rayo,
Que destruyó el error y la herejía;
Y las glorias y triunfos de Granada,
Por Isabel Primera conquistada.

Dinos cómo grabaste en una almena
El nombre de tu virgen prometida;
Cómo llenó tu corazón de pena
De tus lindas amigas la partida;
Cómo el dolor desgarró y envenenó
Las páginas más bellas de tu vida;
Y refiere, al brillar la blanca luna,
Lo que sufre el que adora sin fortuna.

Cuéntanos de los moros paladines,
Los torneos y fiestas suntuosas;
Descríbenos sus mágicos jardines,
La constancia, el amor de sus hermosas:
Dinos, cómo dejando los festines,
Empuñaban las armas victoriosas...
Que al escucharte, lágrimas derrama
Todo fiel corazón que siente y ama.

Octubre de 1849.

Mi única esperanza, a mi madre,

Cansado, ya mi corazón herido,
No trata de luchar contra la suerte;
Después de los dolores que ha sufrido,
Tranquilamente esperará la muerte.

Triste es pensar que en mis hermosos años,
Cuando todo debiera ser ventura,
He de sufrir crueles desengaños,
Y el cáliz apurar de la amargura!

Triste es pensar, que ya, nada me queda,
Nada que me haga desear la vida,
Ni que la dicha devolverme pueda,
Porque la llora el corazón perdida!

Triste es decir adiós a aquellos días
Que para mí tan rápidos pasaron,
Y en cambio de sus dulces alegrías,
Solo un recuerdo abrasador dejaron.

Pero aún me quedas tú, madre del alma,
Tú, a quien después de Dios rendida adoro,
Si no me vuelves la perdida calma, Podrás
al menos enjugar mi lloro!

Sí, madre mía, en tu amoroso seno
Encontraré lo que me niega el mundo,
Un corazón que compasivo y bueno Tenga
piedad de mi dolor profundo.

Y yo, como el errante peregrino
Que cruza las arenas del desierto
Y descansa en mitad de su camino
Por la sombra de un plátano cubierto;

Deseo en el transcurso de mi vida
Hallar en ti, mi madre idolatrada,
El reposo y la paz apetecida,
Porque del mundo ya... no espero nada.

Junio de 1848.

Las cartas de mi padre

Al leer en tus cartas, padre mío,
Dulces frases de amor,
Me parece escuchar cuál las repite
A mi oído tu voz.

Y cuando luego beso una y mil veces
Sus letras con pasión,
Creo besar la cariñosa mano
Que sus rasgos trazó.

¡Ay! ellas me acompañan en las horas
En que abatida estoy,
Cuando solo a mi mente se presentan
Recuerdos de dolor.

Porque ellas mensajeras de consuelo
En nuestra ausencia son,
Imagen de tus nobles sentimientos,
Eco fiel de tu amor!

Madrid, marzo de 1850.

Recuerdos de la infancia, a la memoria de mi amiga, la señorita doña Eusebia Gil

Sobre una fúnebre losa
Abandonada y sencilla,
Iré a doblar la rodilla,
Iré a exhalar mi dolor.

Ella cubre los despojos
De un ser a quien he adorado,
Y que este mundo ha dejado
Por otro mundo mejor.

Era una flor fresca y pura,
Que brotó en valle sombrío,
Una gota de rocío,
Que el fuego del sol secó.

Era un ángel, que algún día
Entre los pliegues del viento,
Desde el azul firmamento
A la tierra descendió.

Y después que entre nosotros
Reposó algunos instantes,
Tendió sus alas brillantes,
Y al cielo quiso volver...

Hiciste bien, alma mía,
Que en un mundo corrompido,
Ninguno hubiese sabido
Tu corazón comprender.

Quizá tú recordarías
En tus momentos postreros,
Aquellos hermosos días
En que yo te conocí.

Quizá a tu agitada mente
Se presentaron las horas,
¡Ay! que tan rápidamente
Transcurrieron para mí.

Cuando unidas mano a mano,
O asidas por la cintura,
En las tardes del verano,
O en las mañanas de abril;

En nuestra veloz carrera
Saltábamos los arroyos,
Cruzábamos la pradera
Y el matizado pensil.

Tú me cogías las flores,
Yo las guardaba en mi falda,
Y formaba una guirnalda
Para tu lánguida sien.

Y cabe a la fresca fuente
De la alameda sombría,
Encontraba el alma mía
Los placeres del Edén.

Allí las pintadas aves,
Columpiándose en sus nidos,
Daban al aire ecos suaves,
Como un canto celestial.

Allí había hermosas flores,
De peregrinos matices,
Y brillantes surtidores
De transparente cristal.

Allí entre las frescas rosas
Las bellas hijas del viento,
Las ligeras mariposas,
Se venían a posar.

Y al extender anhelantes
Para asirlas, nuestras manos,
Como ilusiones brillantes
Las veíamos disipar.

Allí se pasaba el día
Sin penas y sin cuidados,
Hasta que el sol se envolvía
Con su manto de zafir.

Y tras él la blanca luna
Que aparecía en el cielo,
Alumbrando la laguna,
Nos invitaba a dormir.

Mas de una vez aterradas
Recordando las historias
Que en nuestras largas veladas
Contaron junto al hogar,

Espectros y apariciones
Creímos ver a lo lejos,
Y fantásticas visiones
En las tinieblas flotar.

Entonces, si el manso viento
Murmuraba entre las ramas,
Pálidas, y sin aliento,
Nos parábamos a oír;

Creyendo en aquel desierto,
Que el susurro de las hojas
Eran los huesos de un muerto
Que sentíamos crujir.

O que al ruido que formaban
Nuestros pasos en la arena,
Las brujas se despertaban,
Y nos seguían detrás.

Que venían a llevarnos
A un sitio desconocido,
Donde habían de encerrarnos,
Para no salir jamás.

Y por el miedo impelidas,
Corríamos exhaladas,
Como dos corzas heridas
Que persigue un cazador...

Tu madre nos aguardaba
Por nuestra tardanza, inquieta,
Y nuestras frentes besaba,
Empapadas en sudor.

¡Ay! fueron aquellos días
De mi infancia venturosa,
Con sus dulces alegrías,
Con su encanto celestial.

Relámpago que ha brillado
En el fondo de mi alma,
Flor que en ella ha derramado
Su perfume virginal.

Aún recuerdo tristemente
Aquella tierna plegaria,
Que con labio balbuciente
Pronunciábamos las dos.

Antes de quedar dormidas,
Y estrechamente abrazadas,
Invocábamos unidas
Las bendiciones de Dios.

Nuestras madres nos enseñaron
a que os amemos, Señor,
Vuestro nombre, antes que el suyo,
Nuestro labio pronunció.
Ellas dicen que creasteis
Cuanto en el mundo existió,
Y todo cuanto tenemos,
Os lo debemos a Vos.

Que dais al ave sus plumas,
Su dulce y flexible voz,
Para que todos los días,
Bajo un árbol protector,
Pueda elevar hasta el cielo
Un himno de bendición.

Que con tan varios colores
matizáis la hermosa flor,
para que adorne los prados»
y en vuestra santa mansión
derrame ante los altares»
como el incienso, su olor.

Que vestís de hojas al árbol,
porque el pobre viajador
halle en su sombra un abrigo
contra los rayos del sol;
y hacéis brotar la hierba
con su brillante verdor,
porque sirva de alimento
al cordero juguetón,
que más tarde ha de dejarnos
su blanco y suave vellón,
para que dé a nuestros miembros
en el invierno calor.

Y que la noche y el día,
el aire, la luz, el sol,
y las plantas, y las aves,
todo, en fin, nos lo dais vos.
¡Oh! por dones tan preciosos,
gracias mil veces, Señor,
os tributa agradecido

nuestro tierno corazón,
que aún otros nuevos favores
tiene que pedirnos hoy;

conceded a nuestras madres
vuestra augusta protección;
ya que ellas nos aman tanto,
amadlas mucho, buen Dios;
cuando veáis que padecen,
calmad pronto su dolor,
y hacedlas vivir dichosas,
puesto que tan justo sois.

Para que nunca nos falten
sus caricias y su amor,
haced, que antes que ellas mueran,
muramos nosotras dos.

Y si en este somos buenas,
y en otro mundo mejor,
queréis dar a nuestras obras
un eterno galardón;

Que en él, las que tanto amamos,
nos acompañen, Señor;
mas si ellas no han de ir al cielo,
no nos llevéis, ¡ay! no, no,
porque ni aun allí podríamos
ser dichosas, sin su amor.

Por último, concedednos
vuestra augusta bendición.
y que hasta el excelso trono
suban nuestras preces hoy,
como el humo del incienso,
y el canto del ruiseñor,
y el murmullo de las auras,
y el perfume de la flor.

Dios, sin duda, escuchó compadecido
la oración que tu labio profería,
y te sacó de un mundo envilecido,
que un ángel, como tú, no merecía;
por eso no lanzaste ni un gemido,
y fue dulce y tranquila tu agonía;
porque dejabas sin pesar el suelo,
sabiendo que ibas a habitar el cielo.

La muerte para ti no fue espantosa;
siempre tu frente apareció serena,
y te vimos morir, joven y hermosa,
llena de encantos, de virtudes llena.

¡Morir! cuando debías ser dichosa,
¡Ay! eso parte el corazón de pena!
de nuestros brazos te arrancó la muerte,
y aquí, jamás, jamás podremos verte.

¡Oh! deja alguna vez tu hermoso cielo,
Y desciende a la tierra en que habitaste:
En ella un pobre ser hay sin consuelo,
Desde que tú por siempre la dejaste:

Ven, pues, ven a calmar el desconsuelo,
De esa madre infeliz que tanto amaste,
Dale valor, y su aflicción mitiga...
Yo... pronto te iré a ver, mi dulce amiga!!

Madrid, 9 de abril de 1849.

A una bella

Yo no envidio tu breve cintura
Más flexible que palma gentil;
Ni tu dulce y graciosa sonrisa
Muy más grata que el aura de abril;

Ni tus largos y negros cabellos;
Ni tus lánguidos ojos de hurí,
Ni tus párpados blancos y suaves
Cual las hojas del bello jazmín;

Ni tu seno que excede en blancura
A la nieve, y al terso marfil,
Ni tus dientes, que solo se pueden
Comparar con las perlas de Ofir;

Ni tu pie, ni tu mano divina,
Ni tus labios de vivo carmín...
Solo envidio... tu alma de hielo!
Que ni sabe, ni puede sentir!!

Noviembre de 1848.

Ausencia

Lejos de ti me encuentro en este instante
Mi amiga más querida,
Sin poder apoyar sobre tu seno
Mi frente dolorida.

Sin poderte decir cuánto padece
Con tu ausencia mi alma,
Que encuentra en tu cariño cuando sufre
El consuelo y la calma.

Mágico sol que ocultas tu áurea frente
Entre purpúreas nubes,
Reina del cielo, luna misteriosa
Que hacia occidente subes.

Noche tranquila que en las mustias flores
Derramas el rocío,
Despertad en la mente de mi amiga
Un pensamiento mío.

Aranjuez, junio de 1849.

Las golondrinas

Volved, volved a nuestra hermosa Europa
Aves graciosas que vagando vais;
Volved, volved, aérea y linda tropa,
Que de nidos sus árboles pobláis.

Volved, volved, que vuestros cantos suaves
Los más hermosos para el triste son,
Y no hay ninguna, entre las otras aves,
Que conmueva mejor mi corazón.

Yo os vi al partir, cuando elevando el vuelo
Queríais nuestra España abandonar,
Y entre otras flores, y bajo otro cielo,
Nuevos amores ibais a gozar.

Y escuché vuestro canto conmovida,
Que el eco de los valles repitió;
Era quizá un adiós de despedida,
Al sol que vuestros goces alumbró.

A la fuente azulada y cristalina
Que se oye entre la hierba murmurar,
Do bañasteis la pluma peregrina,
Donde fuisteis la sed a refrescar.

Y al árbol que guardó vuestros amores,
Y que sus verdes ramas extendió,
Para templar de estío los ardores,
Que más tarde sus hojas abrasó.

Yo os vi partir en un horrible día,
Que violento silbaba el huracán,
Y agitada, a mí misma me decía:
¿Dónde esas pobresavecillas van?

Acaso el viento que en los montes brama,
Y cuyo ruido me hace estremecer,
Cual sus nidos, arranca de la rama,
En su furia las haga perecer.

Y volverá la alegre primavera,
Con su frente ceñida de verdor,
Y hará brotar la hierba en la pradera,
Y en los pensiles la aromosa flor.

Y faltarán las bellas precursoras
De esa estación de goces y placer,

Que me acompañan en las tristes horas
En que me hace el dolor desfallecer.

Ya volvisteis, hermosas peregrinas,
Y entre los muros o las yertas ruinas,
Vuestros nidos colgáis;
Y en la mañana alegre, en la enramada,
Y en la tarde de estío embalsamada,
Vuestro canto exhaláis.

Allí, donde resonaron algún día
Los gritos del placer y la alegría,
Que la muerte apagó;
Donde un regio castillo se elevaba,
Que la inmensa llanura dominaba,
Y el tiempo destruyó.

En el espacio de sus anchas salas,
Solo el rumor de vuestras negras alas
Se siente resonar;
Pues los sitios, del hombre abandonados,
Y que recuerdan hechos olvidados,
Los volvéis a poblar.

O buscáis en los arcos ojivales
De las altas y antiguas catedrales,
Un techo protector;
Y allí escucháis la tímida plegaria,
Que ante el altar, un alma solitaria
Dirige al Criador.

O en la choza que habita el campesino
O entre las ramas del añoso pino,
Ligeras os posáis;
O en un bosque sombrío y apartado,
Con vuestro canto, al viajador cansado
Su hogar le recordáis.

Si un día el alma, cansada
Del mundo y su agitación,
En un modesto retiro
Halla el placer que buscó;

Si olvidar puede las penas
Que tanto la afligen hoy,
Y calma al fin sus latidos
Mi doliente corazón;

Deseo, aves cariñosas,
A quienes tanto amo yo,
Que vuestros dulces acentos
Resuenen en mi mansión;

Que interrumpan mis ensueños
Antes de salir el sol,
Y que cuando yo dirija
Mis preces al Criador,

Se confunda con la vuestra
Para alabarle mi voz;
Porque tal vez de este modo
Querrá escucharla mejor.

Antes que ruja en los montes
El soplo del aquilón,
Tronchando los altos álamos
Que daban sombra y frescor;

Antes que rasgue las nubes
El relámpago veloz,
Y alumbre el cielo aplomado
Con su lívido color;

Y el trueno que le responda
Me haga estremecer de horror,
Vosotras que lo sabéis,
Antes, anunciádmelo;

Porque un mal cuando se espera
Causa menos impresión,
Hallándonos prevenidos,
Lo soportamos mejor;

Y vertiendo dulce llanto,
Se calma nuestra aflicción.
Que vuestro canto me advierta
Cuando desaparezca el sol,

La salida de la luna
Y el Héspero brillador.
Entonces ¡ay! recordando
Un tiempo que ya pasó,

Iré a buscar el reposo
Tan necesario al dolor,
Y arrullad también mi sueño
Con vuestra flexible voz,

Para que duerma, pensando
En los que adoro, y en Dios.
Y cuando pasen los días
De la ardorosa estación,

Y abandonéis nuestro clima
Por otro clima mejor;
Yo triste y sola, pensando
Si os veré volver, o no,

Cuando mi vista no alcance
Os seguirá el corazón.
Un año a vuestro regreso
Ya no escucharéis mi voz,

Ni tendréis quien os defienda
Contra el milano traidor;
Bajo la hierba que holláis,
Acaso repose yo,

Mientras el alma librándose
De su terrenal prisión,
Llevada en alas del viento,
Ascienda al trono de Dios.

Junio de 1849.

A la aurora

Alzate, bella reina vagarosa,
De tu lecho de nácar y zafir,
Y huya la noche oscura y silenciosa,
Como un espectro pálido, ante ti.

Abre tus lindos párpados rosados,
Medio cubiertos por ligero tul,
Y derrama a torrentes en los prados
Rayos brillantes de argentada luz.

Que cuando luminosa te levantas,
Dominando a la inmensa creación,
Besa la estrella trémula tus plantas,
Y humilde llega a saludarte el sol.

Y al extender el transparente velo
Con que cubres tu frente virginal,
El diáfano carmín que esmalta el cielo
Se refleja en las olas de la mar.

Deja que tu dorada cabellera
Flote del viento libre a la merced,
Cuando recorras la azulada esfera,
Difundiendo la vida por doquier.

Haz que las aves con amante arrullo
Celebren tu venida con su voz,
Y que al abrir las flores su capullo,
Embalsamen tus alas con su olor.

Que formen las más bellas la guirnalda,
Con que se adorne tu esplendente sien,
Y los campos su manto de esmeralda,
Como una alfombra, extiendan a tus pies.

Mas al dejar el mundo que te implora
Para volverte a tu feliz mansión,
Como la virgen que, afligida, llora
La ausencia del objeto de su amor,

En las plantas las lágrimas derrama,
Que entre sus hojas ellas guardarán,
Y allí del sol la deslumbrante llama
Como diamantes, las hará brillar.

A la primavera

Ya vuelve la primavera
Hermosa como las flores,
Cuyos brillantes colores
Forman el manto de abril.

Ya brota el lirio en el valle,
Y la alegre mariposa,
Vagando de rosa en rosa,
Va recorriendo el pensil.

Estación de los placeres,
Tú no infundes alegría,
Sino una melancolía
Que consuela el corazón;

Porque fijando los ojos
En ese cielo sereno,
¿Quién no siente el pecho lleno
De una santa admiración?

¿A quién no agrada el murmullo
De las fuentes y del río,
Y las gotas del rocío,
Brillantes como el cristal?

¿Quién no aspira complacido
Esa perfumada brisa,
Pura como la sonrisa
En un labio virginal?

Al salir para el trabajo
De su choza solitaria,
Alzando a Dios su plegaria
El honrado labrador,
Bendice a la primavera,
Mientras resuena en el prado
El canto dulce y variado
Del mirlo y del ruiseñor.

Reina de las estaciones,
Con tu manto de esmeralda,
Y con la bella guirnalda
De los árboles en flor,

Tú despiertas en mi mente
Un recuerdo que dormía,

De la dulce infancia mía
Un recuerdo encantador.

Abril de 1848.

A las heroicas víctimas del dos de mayo

Sobrecogida de respeto mudo,
Doblo ante vuestra tumba mi rodilla;
Vosotros fuisteis de la patria escudo;
Vosotros sois la gloria de Castilla;
Y al pensar que la España sola pudo
Producir de valor tal maravilla,
Tengo de llanto mis pupilas llenas,
Y arde la sangre en mis hinchadas venas.

Y lloro, sí; mas de entusiasmo ardiente
Late también mi corazón fogoso:
Y lloro, sí; mas siento por mi mente
Pasar aquel recuerdo, que glorioso
Dejasteis a la España, y que en su frente
Brilla, como un diamante esplendoroso,
Y mientras vuestra muerte y triunfos canto,
Riego la tierra con mi acerbo llanto.

Pobres madres, que tristes y abatidas,
Viendo morir a vuestros nobles hijos,
Al cielo alzáis las manos doloridas,
Y con los ojos en su sangre fijos,
Le suplicáis que corte vuestras vidas,
Para no sufrir duelos tan prolijos...
¡Pobres madres! pensando en vuestra pena,
Yo tengo el alma de amargura llena.

Jóvenes bellas, que lloráis perdido
Al padre amante que la vida os diera,
Y que ni aún el consuelo habéis tenido
De recibir su bendición postrera;
¿Quién os queda en este mundo envilecido,
Faltando aquel que vuestro apoyo fuera?
Con vosotras también, vírgenes, lloro,
Porque yo tengo un padre a quien adoro.

El vencedor de Friedland y Jena,
El que llevó sus águilas triunfantes
Desde la orilla del undoso Sena
Al pie de las pirámides gigantes;
El que vieron Moscú, la Italia y Viena,
Seguido de sus huestes arrogantes,
Que llenó el mundo con su nombre solo,
Y le hizo estremecer de polo a polo.

En su ambición de gloria, exclamaba:
"¿Ese pueblo que yace en el reposo,
Y que tolera con inercia impía
Del despotismo el yugo ignominioso,
No puede ser aquel que conducía
Al combate, Pelayo el valeroso,
Ni el mismo que el Alarbe con espanto
Vio triunfar en Granada y en Lepanto.

Este suelo español que me enajena,
Hollaré luego con mis regias plantas:
La Europa me verá, de asombro llena,
Sus fueros abolir, sus leyes santas..."

León ibero, a ti, ¿quién te encadena?
De tu sueño rugiendo te levantas,
Y entre tus garras fuertes, vigorosas,
Destrozas a las águilas gloriosas.

El invasor ejército avanza,
Y penetra en Madrid. Sobrecogida
De horror la multitud, el grito lanza
De Patria, Libertad; y va su vida
Quiere sacrificar, con la esperanza
De libertar a la ciudad querida;
Por ella el grito santo se difunde,
Y al enemigo de terror confunde.

El noble joven, de esperanzas lleno,
El débil niño, el infeliz anciano,
Altivos, y con ánimo sereno,
Resistiendo al designio del tirano,
Sin otro escudo que el inerme seno,
Sin otras armas que el valor hispano,
Recuerdan ¡ay! a la asombrada Francia
Los hechos de Sagunto y de Numancia.

Y entre todos alzáis la erguida frente,
De inmarcesible lauro coronada,
Noble Velarde y Daoiz valiente,
Que con fuerza blandisteis vuestra espada,
Cuyo arrojo y entusiasmo ardiente
Inflamó el de la turba amotinada;
Combatid... les dijisteis, venceremos,
O la gloria en la muerte encontraremos!!.

Y ella fue con vosotros generosa,
Pues os cortó la vida, en el momento

En que luchando con la hueste odiosa,
Cumplíais vuestro santo juramento.

Pero ¡ay de aquellos que en la noche umbrosa
Exhalarán su postrimer aliento!
Que ya espera el francés que pase el día
Para cumplir su infame cobardía.

La luna no derrama sus fulgores,
Por no alumbrar tan dolorosa escena.
En esa noche de maldad y horrores,
El ruido solo del cañón resuena:
Muere invocando el Dios de sus mayores
La multitud impávida y serena:
Mas no su sangre en vano se vertía,
Que cada gota un héroe producía.

Y al grito que lanzó vuestra garganta,
A aquel postrer gemido de la vida,
Fuerte como un solo hombre, se levanta
La heroica ciudad, nunca vencida.
Su resistencia al sitiador espanta,
Que la abandona en vergonzosa huida;
Causando su heroísmo sin segundo
Asombro a España, admiración al mundo.

¡Dormid en paz, bajo la losa fría,
Víctimas nobles, de lealtad portento!
Si pudiese perder mi patria un día
Su indómito valor, y su ardimiento,
Pronto nuevo vigor le infundiría
La vista de ese augusto monumento,
Enseña victoriosa de una guerra,
Cuyo recuerdo al extranjero aterra.

2 de Mayo de 1849.

A una estrella

Blanca estrella que en el cielo
Solitaria estás vagando
Y entre todas derramando
Ese brillo sin igual.
Yo recuerdo que en mi infancia
Con la vista te seguía,
Que el mirarte me infundía
Un consuelo celestial.

Y después que transcurridos
Aquellos hermosos años,
Probé de los desengaños
La amargura y el dolor.
Siempre que tu luz suave
Conmovida contemplaba,
De mi pecho se exhalaba
Un suspiro abrasador.

¡Ay! cuántas noches serenas,
Viendo tus destellos rojos,
Vertieron llanto mis ojos
Que nadie quiso enjugar...!
Mas también si era dichosa
Y el placer me sonreía,
Solo a ti, estrella, quería
Mi esperanza confiar.

Tú alumbraste los momentos
En que yo tanto he gozado,
Que como un sueño han pasado
Y que nunca han de volver.
Y en cada uno de tus rayos
Encuentro escrita una historia
Que despierta una memoria
De amargura o de placer.

Ojalá a todos aquellos
Que inconstante me han llamado,
Y que a dudar han llegado
De mi cariño, de mí,
Tú demostrarles pudieras
Las lágrimas que he vertido,
Y por haberlos querido
Lo que en el mundo sufrí.

Imagen de la esperanza
Que ilumina nuestra vida,
Y aunque se crea extinguida
Jamás se llega a perder.

Si algunas veces las nubes
Empañan tu luz radiante,
Mucho más pura y brillante
Vuelves luego a aparecer.

Y eres como un ser querido
Que su interés me revela,
Que sobre mi sueño vela,
Que me tiene compasión.
Y que la tierra dejando
Fuiste a habitar en el cielo
Para dar paz y consuelo
A mi pobre corazón.

¡Oh! si un día en la desgracia
Todo el mundo me abandona,
No teniendo una persona
En quien pueda confiar;
Si al encontrar en mi vida
En vez de flores, abrojos,
Elevo al cielo mis ojos
Y allí te veo brillar,

Como la luz solitaria
Cuyo resplandor incierto
Anuncia al náufrago el puerto
Sobre un inmenso fanal.
Así tú dirás al alma
Que a su dolor no sucumba,
Que más allá de la tumba
Hay una vida inmortal.

Noviembre de 1848.

A una mariposa

Recorre ligera
el ancho jardín,
que extiende a tus plantas
su inmenso tapiz.

La aurora derrama
sus perlas allí,
y el sol con sus rayos
las hace lucir.

La cándida rosa,
el rojo alhelí,
el lino azulado,
el bello jazmín,
y todas las flores
que produce abril,
inclinan si pasas
su frente ante ti.

que tú eres la reina
del bello pensil,
y ostentan altivas
su vano matiz,
por ver si detienen
tu vuelo gentil,
y pueden al cabo
tu amor conseguir;

y apenas en una
parada te vi,
tu rumbo de nuevo
quisiste seguir:
¡Ay! si todas ellas
te cansan al fin,
cuánto compadezco
tu suerte, infeliz.

Como tú, inconstante
por mi mal nací,
y las mismas causas
nos hacen sufrir.

Ansiamos placeres
y goces sin fin,
que no pudo nadie
jamás conseguir;

porque esos placeres
no existen aquí,
y al cabo el hastío
nos hace morir!

Mayo de 1848.

A una violeta

Flor, la de las lindas hojas,
la del cáliz delicado,
la que derrama en el prado
su perfume embriagador.

tú, que en la yerta naciste,
y te ocultas siempre en ella,
eres la imagen más bella
que representa al amor.

No a ese arrebatado y ciego,
que a veces el labio miente,
sino al tímido, que siente
un sensible corazón.

A ese amor que nos inspira
un ser que nuestra alma adora,
y que, sin embargo, ignora
nuestra ardorosa pasión.

Mas ¡ay! un día nos vende
el fuego de una mirada,
cual tu esencia delicada,
te vende a ti, pobre flor!

Por ella yo te descubro
entre la yerba escondida,
que eres mi flor preferida,
imagen de un tierno amor.

Abril de 1848.

Al no me olvides

Si bañada de rocío
hoy te envío,
al que adora el pecho mío
cada día más y más,
linda flor, ¿qué le dirás?
—Que no te olvido jamás.—

Y si al nombrarle has sentido
que he vertido
ese llanto dolorido
que en tus hojas guardarás,
bella flor, ¿qué le dirás?
—Que debe quererte aún más.—

Y conociendo que al verte
por mi suerte
cambiaría yo la muerte
que en sus labios hallarás...
Pobre flor... ¿qué le dirás?
—Que te adore o morirás.—

Amor

Si yo fuera poeta, y mis sonoros cantos
la fama entre sus alas llevase por doquier,
gustoso renunciara la gloria y sus encantos
si una mirada tuya pudiera así obtener.

Si una nación sumisa mi ley obedeciera,
y brillase en mi frente una diadema real,
mi trono, mis palacios, y mis jardines diera
por un dorado rizo de tu sien virginal.

Si la Europa asombrada pronunciase mi nombre,
y el mundo conquistase del uno a otro confín,
preferiera a esa gloria que inmortaliza al hombre
un beso de tus labios, más rojos que el carmín.

Si fuese Dios... daría cuanto la mar encierra;
el cielo y las estrellas, el sol abrasador,
los montes, y los ríos, las plantas de la tierra,
las aves del viento, por conseguir tu amor!!

Julio de 1848.

Celos

Si otra mujer, al escuchar tu canto
y los sonidos de tu blanda lira,
humedece las cuerdas con su llanto,
celos me inspira.

Si el suave aroma de una blanca rosa,
tu amante labio con delicia aspira,
esa flor, tan fugaz como dichosa,
celos me inspira.

Si el aura que murmura dulcemente,
y entre nosotros revolando gira,
acaricia los rizos de tu frente,
celos me inspira.

Deseo

Yo quisiera ser, mi hermosa,
En el firmamento azul,
Una nube vagarosa,
Tan diáfana como el tul.
Para cubrirte de sombra
Cuando en tu jardín estés,
Y como una leve alfombra
Extenderla ante tus pies.

En la tierra, ser el ave
Que entre los árboles canta,
Y cuyo acento suave
En las mañanas te encanta.
Para que al verme constante,
Siempre en tus rejas trinando,
Me besaras anhelante,
Mis plumas acariciando.

Quisiera ser, en el viento,
La hoja leve, desprendida,
Del tímido pensamiento,
Que esa es tu flor más querida.
Para elevarme del suelo
Y llegando a tu balcón,
Pasar de la tierra al cielo,
Muriendo en tu corazón.

El desaliento

¿Por qué en la noche tranquila,
Cuando en la verde espesura
Su dulce canto murmura
El pintado ruiseñor;

Cuando la brisa ligera
Las hojas del árbol mueve,
Y con su aliento tan leve
Mece en su tallo a la flor;

Cuando en el zafireo manto
Aparecen las estrellas,
Semejantes en lo bellas
A los ángeles de luz:

O bien, cuando nuestra vista
Solamente las descubre,
De una nube que las cubre
Entre el diáfano capuz:

Di, ¿por qué entonces, Paulina,
Por qué no llega a mi oído
El melodioso sonido
De tu canto seductor?

¿Por qué tú sola enmudeces
Cuando el cielo, el mar, la tierra,
Y todo cuanto ella encierra,
Bendicen al Criador?

¿Por qué tu voz ya no se alza
Como el ruido de la fuente,
Como el eco del torrente,
Como el murmullo del mar?

¿Por qué a esos himnos sublimes
No quieres unir tu acento?
¿Qué te agobia, el desaliento,
O te devora el pesar?

El desaliento... ¿y por qué?
Ángel de Dios que te ha creado,
La voz y el alma te ha dado,
Empléalas en su honor.

Canta y bendice sus obras,
Y ante el trono sacrosanto,

Será más grato tu canto,
Que el perfume de la flor.

Callas... y lloras, Paulina!...
Los que te amaban han muerto!,
Y el mundo es triste desierto,
Donde nada te quedó.

En tus más hermosos años,
A tu madre ya llorabas,
Luego el padre que adorabas
El cielo te arrebató.

¡Ay! llora, Paulina, sí,
Que el derramar ese llanto,
A veces consuela tanto
Como un celestial placer;

Mas toma y pulsa tu lira,
Y por las almas que adoras,
Sobre tus cuerdas sonoras
Deja tu llanto correr.

Que al escuchar sus sonidos,
Si en tus canciones los nombras,
Verás sus celestes sombras
En tu derredor vagar...

Y en premio de tu recuerdo
En tus horas de amargura,
Vendrán a darte ventura,
Vendrán tu llanto a enjugar...

Te dirán que en su morada
Gozan oyendo tu acento,
Que no debe al desaliento
Tu corazón sucumbir;

Porque te queda en el mundo,
Además de su memoria,
Una carrera de gloria,
Y un brillante porvenir.

Abril de 1848

La constancia de un hombre

¿Te acuerdas,
Encantadora,
De la hora
En que prometí,
Que a ninguna
Otra querría,
Ni amaría
Más que a ti?

Y contaba
A las estrellas
Mis querellas
Y mi amor,

Y en el mundo
Aseguraba
No se hallaba
Otro mayor.

Que primero
Faltaría
Luz al día
Y en abril,
Sus perfumes
Y colores
A las flores
Del pensil;

Y la brisa
A la laguna,
Y a la luna
Resplandor;
Que olvidase,
El alma mía,
Algún día
Nuestro amor?

Pues no extrañes,
Dulce amiga,
Que hoy te diga,
"Lo olvidé."
Es verdad;
Mas te confieso
Que cuando eso
Te juré,

Yo juzgaba
Más constante,
A mi amante
Corazón.
Y, ¡ay! buscar
Amor profundo,
En el mundo
Es ilusión.

Yo más tiempo
Aunque quisiera,
No pudiera
Serte fiel,

Cual lo fueron
Siglos antes,
Los amantes
De Teruel.

Que si entonces
Era moda,
El morirse
Por amor;

Eso, a nadie
Le acomoda,
En el siglo
Del vapor.

Cuando entrambos nos amábamos
Con tan ciega idolatría,
Ya te acuerdas, vida mía,
Que en la primavera estábamos.

Desde entonces ha perdido
Sus bellas flores el prado,
Y al verano que ha pasado
El otoño ha sucedido.

Aquel sol abrasador
De las tardes del estío,
Ha secado el manso río,
Testigo de nuestro amor.
Y la linda golondrina
Dejando nuestros hogares,
Hacia otros nuevos lugares
Su raudo vuelo encamina.

¿Por qué pues si aquí gozó
Sus inocentes amores,
Y escondido entre las flores
Un nido se fabricó?
¿Por qué hallándose cansada,
De este clima, de este suelo,
Desea bajo otro cielo,
Establecer su morada?

Yo, como esa ave graciosa,
- Y no lo encuentres extraño-,
Nunca puedo todo un año
Gustar de una misma cosa.

Confieso que te adoré
Con insano frenesí.
Mas para quererte a ti,
De otras muchas me cansé.

Y pues que todo varía,
No te admires ni te asombre,
Que tampoco pueda el hombre
Ser constante... ni un solo día.

Noviembre de 1848

La soledad

Encontrarse en un valle ignorado
Admirando las obras de Dios,
Ver nacer en el prado la hierba,
Y en la yerba brotar la flor.

Contemplar cómo baja el torrente,
Cómo corre el arroyo veloz,
Y en sus ondas, cual dardos de fuego,
Se reflejan los rayos del sol.

Escuchar cómo expresa su dicha
Con sus cantos, el fiel ruiseñor,
Y aspirar esa brisa ligera,
Que a las flores su aroma robó.

¿Es acaso estar solo en el mundo?
No; es gozar lo que él nunca gozó,
Y aprender cuánto el hombre le debe
A la mano del Sumo Hacedor.

Noviembre de 1848.

Madrid y Aragón

Madrid, no tan arrogante
Alces tu frente orgullosa,
Ni pretendas por lo hermosa
Cautivar mi admiración:

Que no tan verdes tus campos,
Ni tan fértil es tu suelo,
Ni tan brillante tu cielo,
Como el cielo de Aragón.

Ni tienes soberbias ruinas
De monumentos y puentes
Que revelen á las gentes
Tu primitivo poder;
Ni tienes un templo augusto.
Donde cien generaciones,
Al Señor, sus oraciones
Hayan venido a ofrecer

Ni riega tu Manzanares
Con sus ondas cenagosas,
Riberas tan deliciosas
Como el Cinca y el Jalón;

Ni en su orilla, de altos árboles
Los ramajes protectores,
Templan del sol los ardores
En la estival estación.

Ni en las noches del verano
Oigo desde mi ventana,
De una música lejana
El delicioso rumor;
Ni las ardientes canciones
Que entona al pie de una reja
Un amante que se queja
De sus celos o su amor

Desde su infancia, aquí el hombre
Aprende a obrar con falsía,
Y progresa cada día
Con talento singular.
En Aragón, al contrario,
Como bárbaros nacieron;
Sin duda, nunca pudieron
Su pensamiento ocultar.

Más, a pesar del lenguaje,
Rudo como su franqueza,
Tiene su alma una nobleza,
Que no sabéis comprender.
Y el mismo, que frente a frente
Hiere o mata a su enemigo,
Nunca venderá a un amigo,
Ni engañará a una mujer.

Aquí, los que son valientes
Proyectan grandes empresas,
Apoyados en las mesas
Del billar o del café.
Allí, al combate se lanzan
En el ardor de la ira;
Y un hombre no se retira
Hasta morir o vencer.

Cierto es que hubo aquí unos,
Que por su patria murieron;
Que un obelisco erigieron
En memoria de su acción.
Pero si allí, para todos,
Monumentos se erigiesen,
Es fácil que no cupiesen,
En el reino de Aragón!!

Agosto de 1849.

Meditación

Cuando en la noche de quietud y calma,
El firmamento, embebecida, admiro,
Lanza mi corazón dentro del pecho
Hondo suspiro.

Veo pasar, como flotantes gasas,
Las blancas nubes que las auras mecen,
Y en azul purísimo del cielo
Se desvanecen.

Veo cual siguen de la bella luna
El lento curso, multitud de estrellas;
Yo la contemplo, y con los ojos fijos
Sigo sus huellas.

Ora muestre su faz esplendorosa,
Medio velada por ligera nube,
Ora se ostente como reina altiva
Que al trono sube.

Ora reflejen su argentada lumbre
Las claras aguas de las claras fuentes,
Ora ilumine las que raudas bajan
De los torrentes;

O bien las ruinas del castillo árabe,
La humilde choza, el murmurante río,
El alto monte, que en las nubes toca,
El bosque umbrío.

Siempre a mi vista se presenta hermosa;
Siempre llena de encantos me parece;
Siempre un recuerdo a mi memoria trae
Que me estremece!

Y si en la paz de la tranquila noche
Absorta, oh luna, tu belleza admiro,
Lanza mi corazón dentro del pecho
Hondo suspiro.

Suspiro es ¡ay! que el corazón me abrasa;
Es un recuerdo que mi frente quema;
Recuerdo, que la herida de mi alma
Más envenena.

Y en vano, tú, desde el etéreo asiento
Borras las sombras de la oscura noche,

Y al ver tu luz la rosa y la azucena,
Abren su broche.

En vano pasa y mece mis cabellos
La brisa perfumada y susurrante;
En vano el ruiseñor, entre las hojas,
Murmura amante.

Que ni tú con tus pálidos reflejos
Puedes volver al corazón la calma,
Ni de las flores el perfume suave
La paz al alma.

Ni el aliento del aura silenciosa
Roba el calor a mi abrasada frente,
Ni al ruiseñor que canta en la espesura
Mi oído siente....

¡Qué es para mí la tierra? ¡Oh! nada, nada!
Por eso elevo la mirada al cielo,
Que el corazón y el alma en él tan solo
Hallan consuelo!

Mayo de 1848.

Recuerdo de amor

La noche, tendiendo su velo,
Ha cubierto de sombras el suelo;
Ya no se oye el más leve rumor.

Ojalá que el murmullo del río,
El eco del bosque sombrío,
El canto del fiel ruiseñor...
Te lleven, bien mío,
Cual yo te lo envío,
Un dulce recuerdo de amor!

La brisa, que mece ligera
La yerba en la verde pradera,
Y roba su aroma a la flor;

Y el ave, que pasa volando,
Los aires y mares cruzando,
En busca de un cielo mejor...
Te lleven, bien mío,
Cual yo te lo envío,
Un dulce recuerdo de amor!

La luna, el lucero brillante,
Que alumbran quizá tu semblante,
Y ven en el mío impreso el dolor;
Y la nube, que en alas del viento
Recorre el azul firmamento,
Semejante a un ligero vapor...

Te lleven, bien mío,
Cual yo te lo envío,
Un dulce recuerdo de amor!

Enero de 1849.

Sueños de amor

Un día acarició mi pensamiento
Una ilusión de amores;
Vaga, como el rumor que forma el viento,
Pura, como el perfume de las flores.

Una ilusión que arrebató mi mente,
Tan dulce, tan divina,
Como la luz que se apaga en occidente
Al despuntar la estrella vespertina.

Ilusión dorada y luminosa,
Que alumbró mi destino:
Como el final de la esperanza hermosa,
Como un destello del amor divino!

Yo soñé que en el mundo en que vivía
A otro ser adoraba,
Que al canto triste, mi dolor sentía,
Que al verme alegre, con mi placer gozaba.

Y entonces fue cuando mi pobre lira
Produjo blandos sonos;
Cuando el aura que plácida suspira
En sus alas llevaba mis canciones;

Cuando oyendo los trinos de las aves
Al despuntar el día,
Celebraba también, con himnos suaves,
Al Sumo Bien que tan feliz me hacía.

Y no era, no, por ambición de gloria
Por lo que yo cantaba;
Fue, por dejar mi nombre y mi memoria
Al que mi gloria y mi renombre ansiaba.

¡Ay! ¿Por qué entonces, pensamiento mío,
Abrigar tales sueños;
Blandos, como las gotas de rocío,
Como los días del abril risueños;

Si al disiparse dejan solamente
Los ensueños de amores,
Tristísimos recuerdos a la mente,
Hastío al alma, al corazón... dolores!!

Un suspiro en una flor

Recibe esa bella flor
Que mi corazón te envía,
Aunque ella no merecía
Tan distinguido favor.

Pero ha nacido dichosa,
Cual yo nací desgraciada,
Y aunque dure poco, o nada,
¡Es tan fresca y tan hermosa!

Guárdala, yo te lo pido,
Mientras tenga sus colores,
Que yo entre todas las flores
Para ti la he preferido.

Y si el sol abrasador
Marchita sus frescas hojas,
Te ruego que las recojas,
Pues va un suspiro de amor.

Cuando del jardín ameno
La arranqué pensando en ti,
Mi labio en ella imprimí,
De amor y esperanza lleno.

Y le dije: "hermosa flor,
Al ángel, a quien te envió,
Llévale un suspiro mío...
¡Ay! Un suspiro de amor!"

Mayo de 1847.